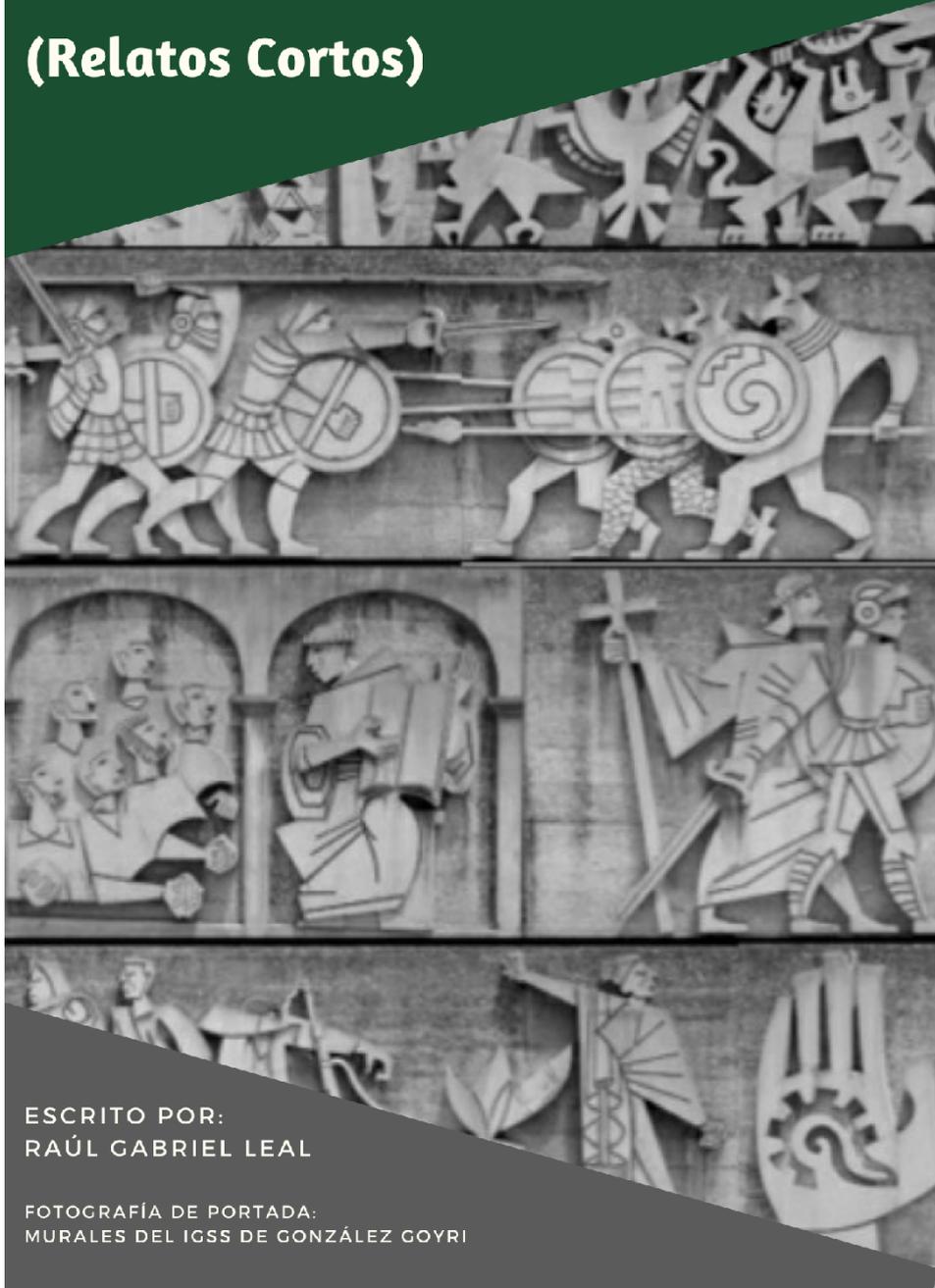


HISTORIA GENERAL Volumen I

La_Gabopedia (Gabriel Leal)

HISTORIA GENERAL VOLUMEN I (Relatos Cortos)



ESCRITO POR:
RAÚL GABRIEL LEAL

FOTOGRAFÍA DE PORTADA:
MURALES DEL IGSS DE GONZÁLEZ GOYRI

Capítulo 1

CONSTRUCTORES DE PIRÁMIDES

Mi nombre, aunque no tenga ninguna importancia, es Nefertis. Yo, humilde aprendiz de la noble profesión de Imhotep, soy el jefe constructor de esta obra, este pequeño milagro solicitado por Jufu, mi Faraón; soy capataz de todos aquellos que por miles abandonan los campos durante la inundación del divino Nilo para trabajar, con paciencia y entrega, en la construcción de esta magnífica obra. Pero quien soy y quienes trabajan bajo mis órdenes son cosas que, como ya dije, no importan... sólo importa la pirámide.

Todo ha sido escrupulosamente calculado según las indicaciones de los cuerpos del cielo para que las caras de la pirámide sigan el diario recorrido de Ra, desde su nacer cada mañana hasta su entrada al reino de las tinieblas por la noche, para que la morada del cuerpo de mi señor imite su morada celestial y así pueda reunirse cada noche con Isis y Osiris, compartiendo al lado de ellos la gloria reservada para los Dioses.

Muchas veces las aguas han crecido y vuelto a retirarse desde que, con pequeños canales y varas de medir, tal como lo aprendimos de nuestros padres, y ellos lo aprendieron de los suyos, medimos y nivelamos la base de la gran pirámide; muchas veces han crecido el trigo y la cebada mientras que, usando cinceles y martillos, convertimos esta rocosa meseta en una suave planicie para luego colocar piedra sobre piedra avanzando en dirección al cielo.

Cortados en las cercanas canteras, cada enorme bloque es acarreado sobre las brillantes arenas para luego ser colocado en el lugar que ocupará hasta el final de los tiempos; con emoción y devoción las cuadrillas de obreros compiten entre sí por colocar primero en su lugar los bloques asignados, marcando con orgullo el nombre de sus cuadrillas sobre las pesadas piedras; luego, al final de la tarde, la piel curtida por el abrasador sol, se tienden sobre la arena alrededor de las viandas que cada uno ha traído y el pescado que el Faraón envía para alimentar a aquel ejército. En tanto, remontando el divino Nilo, llegan las barcazas cargadas con los bloques de blanca caliza cortados en Asuán para servir de cobertura exterior a la gran pirámide.

Cuando los Dioses llamen a nuestro señor ante su presencia, colocaremos su cuerpo, preservado para la vida eterna, en su interior. Pasarán los siglos y los hombres recordarán el nombre de mi señor cada vez que vean la pirámide; así nuestro Faraón alcanzará la inmortalidad ofrecida por los Dioses.

Pero nadie pensará en nosotros, los constructores de esta magnífica obra; los hombres no recordaran nuestros nombres al punto de creer que fueron los Dioses mismos, seres venidos del cielo y de las estrellas, quienes erigieron la pirámide... pero si está escrito así es como debe ser.

Pasará el tiempo, el viento barrerá las arenas, otros hombres vendrán de lejanas tierras y admirarán la pirámide... y aun después que el último de los hombres haya exhalado el último de sus suspiros, la pirámide seguirá allí. Y aunque mi nombre no sea tan importante como el de Jufu, puedo decir que está escrito con sudor y sangre en todas esas piedras, de la misma forma en que está escrito el nombre de todos aquellos que las han arrastrado y colocado en su lugar. Porque Jufu será el inmortal, pero no es Jufu quien construye la pirámide... somos nosotros los constructores de la pirámide, el pueblo sobre el cual descansa el poder del Faraón.

Capítulo 2

PLINIO, EL JOVEN

A Cayo Plinio Cecilio Segundo

Tribuno Militar de la Provincia de Siria

Querido amigo:

Me es grato saber de vos después qué por tanto tiempo guardaras silencio. Soy consciente vuestro nombramiento para servir a la gloria de Roma en aquellas lejanas tierras os han mantenido ocupado; pero, si he de ser sincero, me hacía falta tener noticias vuestras.

He leído con atención las cartas qué me habéis enviado y debo decir qué nada tengo que reprochar a vuestra crónica... excepto qué lo qué en ella describís me parece difícil de creer.

Mucho tiempo conocí a vuestro tío, Cayo Plinio Segundo (incluso he podido revisar parte del extenso tratado qué dedicó a nuestro tan querido y fallecido Emperador Tito) y por la amistad y confianza depositada en su persona, y qué habéis heredado junto con todo lo qué era de él, no me atrevería a dudar de tu palabra. Es sólo qué todo lo qué expones es algo nunca visto.

Con respecto a esto, y por si no os lo había dicho antes, aun lamento la muerte de tu querido tío en Estabiae; pero fuera de acompañarte en tu dolor, celebrar tus nuevos triunfos y aconsejarte como siempre lo he hecho, poco puedo hacer con estas cosas qué nos cuentas.

No es qué desconfíe de vos, no me atrevería siquiera a sugerir tal idea... después de todo, vos estuviste allí. ¿Por qué dudar de vuestra palabra? Yo no tengo razón para hacerlo; pero creo qué pocos de nuestros conciudadanos tengan ánimo para creer lo qué cuentas. A muchos no les parecerá posible qué los Dioses permitan tal tipo de acontecimiento; incluso les costará creer qué dichas fuerzas existan fuera de otro lugar qué no sea el Etna. Además, debéis considerar qué muchas desgracias han acontecido a los romanos en los últimos años, lo qué los hace más propensos al circo y otras distracciones; relatos como el que enviaste sobre la destrucción de Pompeya y Herculano no encontraran eco en romanos de hoy.

Si gloria y fama buscáis continua como hasta ahora al servicio del Emperador y del pueblo romano... y, por supuesto, seguid componiendo hermosos versos como los que me habéis compartido o dedicaos a labores de noble estudio como lo hizo tu tío, el otro Plinio. Tal vez después las

gentes de Roma estén más dispuestas a prestar atención a esta interesante historia... aunque espero, por vuestro bien, que no sea así; no quieran los dioses que en un futuro a este tipo de horrores que describes se les llame Plinianos y manchen así el buen nombre tuyo y de tu tío.

Espero escribíros pronto con noticias de lo que sucede por estas tierras. Me despido quedando siempre a vuestro servicio, tu amigo y consejero,

Cayo Cornelio Tácito